

en medio de un barranco. Una manada de puercos pasaba en aquel momento, y aquellos animales inmundos devoraron las entrañas de la mas altiva de las mugeres.

Al salir de casa de Aquiles nos encontramos en la plaza de los capuchinos, donde están la fuente de las aguas termales y las arcas del manantial. Estas aguas forman tres grandes pozos en cuyo fondo el agua parece al primer golpe de vista en estado continuo de ebullicion. Con un poco de atencion se reconoce que aquellos hervores los forman los desprendimientos de gas; este desprendimiento da nacimiento á un vapor, que imperceptible en tiempo caloroso y seco, es visible en cuanto hay humedad en la atmósfera, y forma al aproximarse las tempestades, ó mientras su duracion, una niebla algunas veces bastante espesa para no distinguir de un lado á otro las paredes del pozo.

Este fenómeno depende de que cuanto mas el aire atmosférico pesa sobre aquellas aguas, menos se dilata el calórico, menos desprendimiento hay de gas y por consecuencia de vapor; mientras que, al contrario, cuanto menos comprimidas están las aguas por el aire atmosférico mas ligera es la corriente, mas se dilata el calórico, mas por consecuencia, se desprenden el gas y los vapores.

Fuimos testigos, con cuatro horas de intervalo, de estas diferencias de aspecto. El color de aquellas aguas es verdoso, sobre todo en las arcas, donde están mas espuestas al aire que en los manantiales y en los depósitos: huelen á gas hidrógeno-sulfúrico. Este olor es bastante ligero cerca de los depósitos, y se pierde enteramente cuando el agua ha permanecido algun tiempo en un vaso, sin embargo de que algunas veces es tan fuerte en los mismos baños que produciria la asfixia á no tomar la precaucion de abrir los ventiladores. En cuanto á su sabor es el del hidrógeno-sulfúrico alcalino: frias pierden su sabor picante y toman uno alcalino: recalentadas son nauseabundas.

En los tiempos de César, Bourbon l'Archambault era ya célebre por sus aguas termales. Las legiones romanas, habitadas al suave sol, al tibio aire y á las dulces aguas de la Italia, despues de haberse abierto, rechazando á los bárbaros con sus escudos, un camino al través de la Alemania, miraron como un don del cielo estas humeantes aguas que brotaron en su camino. Fundaron allí un establecimiento que desapareció con su civilizacion destruida por la conquista de los francos. Los bárbaros no tenían ninguna idea de la aplicacion medicinal de las aguas minerales conocidas por Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Avicena es el primero que vuelve á hablar de ellas hácia el noveno siglo, y solo en el diez y seis, gracias á los esperimentos de Genner, de Vazcio y de Falopio, comenzaron á volver á estar en boga. Un siglo despues, Gaston, her-

mano de Luis XIII, recobró su salud en las aguas de Bourbon l' Archambault, y comenzó á darles una celebridad y una boga que aumentaron todavía los frecuentes viages que hizo Mad. de Montespan.

Allier nos hizo observar que el tiempo se ponía tempestuoso y nos invitó á no tardar en ponernos en camino. Comenzamos nuestra visita por Quinqu'engrogne: es una torre arqueada que fué levantada, dicen unos por Archambault el Grande, otros por Luis I, en garantia de los fueros de los ciudadanos de esta ciudad. Celosos de sus prerrogativas, las reclamaron con las armas en la mano; pero el conquistador subió con sus soldados sobre las murallas inmediatas y apuntando sus máquinas de guerra sobre los disidentes, les lanzó de lo alto de las murallas estas amenazadoras palabras:

—Se quitarán, gruña quien quiera. (Quinqu'engrogne.)

La cólera del señor valió mas que la cólera del pueblo y las palabras con que le despojó se han conservado hasta nosotros.

Sin embargo, el esqueleto del gigantesco castillo nos atraía; nos encaminamos hácia aquel lado y encontramos sus antiguas ruinas pobladas de pobres que habian ido á agruparse allí, semejantes á las golondrinas, en todos los rincones que la fortaleza feudal pudo ofrecer á sus nidos. Como por todas partes, los mas fuertes se colocaron mejor.

Levantando yo la cabeza para medir la altura de las torres, en la cima de una de ellas divisé un animal que me pareció singularmente semejante á un conejo. Se lo hice notar á Jadin, que convencido de que en aquel lugar no podia estar aquel cuadrúpedo, sostuvo que era un gato.

Habiéndose entablado una disputa entre nosotros sobre esto, para terminarla cogi mi escopeta y apunté al animal. Salió el tiro y cayó á nuestros pies como podia haberlo hecho una golondrina: era un soberbio conejo.

De aquí mas viva disputa todavía para saber en que consistía que en Bourbon l' Archambault aquella raza que nosotros habíamos visto siempre hacer su madriguera en el suelo, habia, al contrario, elegido la punta mas culminante del castillo para hacerla su domicilio.

Un aldeano que vino á reclamar su propiedad nos sacó de la duda. Valuó el difunto en veinte cuartos, le dimos treinta, y en vez de la vuelta nos dió las siguientes explicaciones.

Algunos pobres habitantes de la antigua mansion de los duques de Bourbon, viendo que el campo de la torre presentaba una superficie sólida, de treinta ó cuarenta pasos superficiales, pensaron utilizar aquel espacio que Dios les habia dado entre la tierra y el cielo. Trasladaron allí en costales, en cestos, en sacos, en fin, en cuantos recipientes pudieron proporcionarse, tierra vegetal que cogie-

ron en la llanura: despues cuando las tres plataformas estuvieron cubiertas de aquel improvisado suelo, las sembraron: el sol bendijo su mies y cogieron trigo para el pan de todo un año.

Pero como los domingos y dias festivos es preciso comer algo con el pan, y una buena idea trae ordinariamente otras, se les ocurrió que allí podrían vivir muy bien conejos con la paja del grano. Y he aquí que en aquel campo suspendido, como los jardines de Semiramis, se establecieron los conejos, dando lugar á una discusion que habia concluido para el conejo, de una manera tan trágica.

Aplaudo el punto científico, que sin esta explicacion podría haber hecho suscitar grandes dudas en historia natural. Jadin para tomar una vista del castillo y de la ciudad, y yo para apuntar algunas notas en un álbum, nos separamos. Me estuve pues á la sombra que proyectaba una de las paredes de aquella maravilla, y allí, separado del mundo, oyendo el ruido del viento que agitaba las copas de los pinos, aislado con mis recuerdos históricos, comencé á retroceder á los tiempos pasados.

Pero el mas grande recuerdo que allí encontraba; despues del de César, que se detuvo en Bourbon l' Archambault para echar sus cimientos quince años antes del nacimiento de Jesucristo, y del de Pepino el Breve que pasó por allí para destruirlo en 762, fué el del condestable que se vió obligado á abandonarlo en 1523.

Fué un magnífico príncipe y esforzado capitán, el muy alto y poderoso señor, Carlos, duque del Borbonesado y de Auvernia, conde de Clermont, de Beauvossi, de Montpensier, de Forest, de Lamarche, de Clermont y de Auvernia, delfin de Auvernia, vizconde de Carlat, de Murat, señor de Beaujolais, Combailles, Mercour, de Annonay, de Bourbon-Lanceys, par y camarero de Francia, teniente general del rey en los países de Borgoña y el Langüedoc. Tenia catorce castillos fuertes y siete casas de placer que poseía por su familia ó por su matrimonio, cuyos terrenos equivalian á la séptima parte de la superficie de la Francia: tenia el cargo de condestable, vacante desde la muerte del conde de Saint Paul, regalo que se le habia hecho desde el advenimiento de Francisco I al trono. Este empleo le daba derecho de señorío, de justicia y de jurisdiccion, no solo sobres us propios dominios, sino tambien en los países de Borgoña y Langüedoc. Todos los senescales, bailios, prebostes, alcaldes, regidores, guardas y gobernadores de las ciudades y fortalezas, puentes, puertos y castillos, debian obedecerle como á rey, de modo que era tan rico en la paz, que cuando acompañó á Francisco I, que iba á coronarse á Saint Denis, iba vestido con una escarcela de oro y doce broches de los que cada uno habia costado 280 escudos de oro, llevando en su gorro

cerca de 300,000 libras de valor en brillantes y piedras preciosas: y tan poderoso era en la guerra, que cuando acompañó, á la edad de diez y siete años, al rey Luis XII, que iba á pasar los montes para reconquistar su señorío de Génova que se habia rebelado, llevaba cien peones y cien arqueros mantenidos á su costa, sin recibir sueldo del rey, sino 2,000 libras como conde de Montpensier: y cuando volvió en 1509, para reconquistar el condado de Cremone, que le habian usurpado los venecianos, y que detentaban con perjuicio del ducado de Milan, llevaba en la batalla de Trevista, y cuando conquistó para el rey, Cremona, Crema, Bérgamo y Brema, ciento veinte caballeros y otros tantos arqueros de su casa. Y en fin, cuando por tercera vez pasó los Alpes, como lo habia hecho Anibal, y como debia hacerlo Napoleon, llevando consigo seiscientos hombres de armas y doce mil peones, para dar aquella batalla de Marignan, que la historia ha colocado entre Trasimeno y Marengo, prestó 3,000 escudos al rey que le debia ya 400,000 libras, sin contar la vida, cosa que no se presta, y que tan bien se la habia dado.

Habia hecho ya todas estas empresas á la edad de veinte y cinco años. Era un jóven y magnífico caballero, aun cuando habia algo de triste y grave en su fisonomía, y tal vez lo ocasionaban sus cabellos á lo Luis XII, que jamás habia querido cortarse á pesar de haberlo mandado Francisco I. Se habia casado con Mad. Susana de Bourbon, hija de la duquesa Ana y del duque Pedro, y sobrina del rey Carlos, á la que, aunque era jorobada, le guardó tal fidelidad en medio de aquella disoluta corte, que rehusó el amor de la dama mas grande de Francia, Luisa de Saboya, madre del rey, que no tenia, sin embargo, mas que treinta y tres años. Lo que ocasionó que, despreciada, se convirtiera el amor en odio implacable, tanto, que cuando el rey llevó su ejército á Picardía, á instigacion de Mad. Luisa de Saboya, dió el mando de la vanguardia, que pertenecía al condestable, al duque de Alençon; lo que no impidió al condestable tomar parte por su cuenta, y hacer rendir al rey las ciudades de Hesdin y Buchaine: y cuando Susana de Bourbon murió sin sucesion, Luisa de Saboya, no creyéndose suficientemente vengada, pretendió heredar el patrimonio del condestable, y ganó, en su cualidad de madre del rey, un pleito, despojando á su enemigo de todos sus bienes y títulos. Esta era la recompensa del oro y la sangre con que á torrentes habia regado las flores de lis, haciendo brotar nuevos florones.

En estas circunstancias fué cuando el emperador Carlos I y el rey Enrique VIII le ofrecieron darle mas que Francisco I le habia quitado: y sin embargo, titubeó. Supo Francisco I aquellas ofertas y vacilaciones, y trató de prenderle cual si lo hubiera aceptado, enviando

contra él para prenderle al bastardo de Saboya, gran mariscal de Francia, el marqués de Auvernie, el duque de Alençon y Vendôme, cada uno con doscientos hombres armados. Lo que era tributarle el mayor honor, pues se mandaba á un ejército para prender á un hombre.

Habiéndolo sabido el condestable, partió secretamente de noche de su castillo de Chantaille el 10 de setiembre, sin ningún criado ni page, con un amigo de su confianza, que era el señor de Pomperan á quien él había salvado la vida. Atravesó, siempre perseguido de sus enemigos, la Auvernie, el Delfinado, y los Alpes, y bajó por cuarta vez á las llanuras del Piamonte que tan conocidas le eran por sus victorias. Allí fué donde los mensajeros de Francisco I le alcanzaron y le pidieron la espada de condestable.

—Id, y decid á vuestro amo, les respondió Borbon, que la espada de condestable me la ha quitado él mismo, el día en que dió al duque de Alençon el mando de la vanguardia que me pertenecía, y que en cuanto á la placa de la orden de Francia, la he dejado en Chantaille bajo la almohada, donde puede ir á recogerla. Y esto era tanto más justo, cuanto que la reina misma, dice Debellaí, había mandado que se apoderasen de todos los muebles de la casa de Borbon, tanto de los de Chantaille, y Moulins como los de otras partes, que eran los más hermosos de los que había en los palacios de los príncipes de la cristiandad.

Por eso el condestable de Borbon abandonó la Francia, que era su patria, y se hizo un traidor, cuando había respondido á un enviado de Enrique VIII que le preguntaba si podría alguna cosa que halagara su ambición separarlo de la fidelidad á su patria.

—No, señor, ni aun la oferta de tres reinos como el vuestro: pero si puede una sola afrenta.

No nos despediremos del condestable, ni aun al abandonar su antiguo castillo que recuerda su memoria; porque Borbon l'Archambault no es más que el nido de donde tomó vuelo el águila; la encontraremos cerniéndose sobre la ciudad de Marsella, dejándose caer en las llanuras de Pavia y sobre los muros de Roma; buscaremos la huella de su pico y de sus garras sobre la corona de Francisco I y sobre la tiara de Clemente VIII; porque como dice la canción castellana: la Francia le dió su nombre, la España ventura y gloria, y la Italia su sepulcro.

El sepulcro, Brantome dice se hallaba levantado en Gaeta, pero los soldados del condestable no se atrevieron á dejar su cuerpo en Roma, por miedo de que después que se fueran no lo hubieran profanado. Sobre él ondeaba el estandarte amarillo que Borbon había adoptado al entrar al servicio del emperador, y que representaba un cometa con espadas de fuego y la palabra *Esperanza*:

lo que quería decir que había necesitado la celeridad de un cometa para abandonar la Francia, pero que tenía la triste esperanza de volver á entrar en ella á sangre y fuego. Sobre el lado que miraba á la puerta se leía este epitafio: medida exagerada, pero decisiva de la reputación que el Coriolano de la edad media había dejado al morir:

De lo bastante hizo mucho  
el paladín Carlo-Magno;  
de poco Alejandro el Grande  
hizo con su valor algo;  
Pero de nada hizo más  
que juntos hicieron ambos,  
Cárlos, duque de Borbon  
que halló aquí eterno descanso.

Los bienes del condestable de Borbon pasaron á la propiedad de Suiza, de Saboya y de Enrique II, hasta el momento en que el rey Francisco I los devolvió en el año de 1572 á la familia de Borbon. Pero el castillo de Borbon l'Archambault no entró en la devolución, y permaneció en las manos de los Valois hasta el día del asesinato de Enrique III, á cuya hora, por una singular coincidencia, cayendo el rayo sobre la capilla que se levantaba al pie de las torres que aun permanecen enteras, se llevó parte del escudo de la casa de Borbon, y dejando las tres flores de lis intactas, hizo de ellas el escudo de Francia. En nuestros días una tormenta popular ha estallado sobre los descendientes de los Borbones; antes tenían aquellos la fuerza que les prestaban los siglos, pero esta vez al caer el rayo sobre las Tullerías, ha destruido las armas y el escudo.

Principiada por Juan II, y concluida por Pedro II en 1508, época en que el genio gótico se hallaba en su mayor brillantez, esta santa capilla, reunía los maravillosos caprichos del arte del siglo XV, á la perfección y belleza del renacimiento. Tenía preciosas molduras y engastes de maderas finas: había reliquias encerradas en cajas de oro incrustadas de joyas, estatuas de plata maciza, y un relicario de oro adornado de rubíes, que encerraba un pedazo de la verdadera cruz, que San Luis había traído de la Tierra Santa y regalado á su hijo Roberto: esta reliquia se hallaba guardada en una capilla subterránea llamada Tesoro. Montada sobre oro puro, formaban la base del relicario dos estatuas, obra sin duda de uno de aquellos grandes artistas que vivieron desconocidos en el siglo XIV; una corona de oro se hallaba colocada sobre la cruz, con esta inscripción:

LUIS DE BORBON, SEGUNDO DE ESTE NOMBRE, HIZO GUARNECER DE PIEDRAS PRECIOSAS Y DORADOS ESTA CRUZ, EL AÑO 1393.

Cuatro siglos después, año por año, un pobre sacerdote de la iglesia parroquial encontró

en el polvo aquel pedazo de la verdadera cruz arrancado de su engaste, y despojado de su oro y de sus rubíes. Le colocó en un pobre relicario que no debía tentar la avaricia de nadie, y aquella humilde acción fué tan agradable á Dios sin duda, como la fastuosa ofrenda de Luis de Borbon.

Sin embargo, en esta santa capilla despojada de su oro y de sus diamantes, quedaban tesoros de arte y poesía, menos ricos por la materia, pero más raros por el trabajo que el que acababan de robar manos profanas. Había un Jesucristo y sus doce apóstoles, que eran en la estatuaria de la edad media, lo que la Niobe y sus hijos en la escultura antigua. Había unos escudos de la casa de Borbon, con bajos relieves; un Adán y una Eva de piedra: una figura de San Luis, y dos estatuas de mármol blanco representando la una á Felipe II con el puño sobre su ancha espada con vaina guarnecida de flores de lis, y la otra á Luis de Francia llevando un balcón en una mano, y la otra acariciando las crines de su caballo.

Un día, un ejército de filósofos descamisados salió de Moulins con tambor batiente, y haciendo tronar el cañón para tomar por asalto la capilla, y exterminar su guarnición de piedra, que no fué bastante á detener á los agitadores. Escalaron el edificio y rompieron todas sus vidrieras con gran gloria de la república una é indivisible. Los dioses, los santos y los aristócratas fueron guillotínados en seguida, y dejaron en pie la capilla ahumada, destrozada, pero grande, rica y poética todavía como un espectro colosal, como un gigantesco esqueleto.

En tiempo de la restauración, que hubiera debido reedificar esta obra de familia, se vendió á un albañil que la compró para demolerla y emplear sus materiales, porque no hubo en todo el departamento, desde el prefecto hasta el diputado provincial, un honrado ciudadano á quien se le ocurriese la idea de hacer un pajar ó almacén de ella. Fué demolida hasta sus cimientos. El que la había comprado, y que quería sacar los gastos, destruyó hasta el pavimento del antiguo y santo monumento, que era de piedra: y tuvo razón, porque debajo de él encontró grandes losas que encerraban grandes sepulcros, en los que había grandes esqueletos. Vendió las losas para hacer fogones de cocina y los sepulcros para hacer fregaderos: en cuanto á los esqueletos los arrojó al lodo y al viento, porque no tenían ninguna utilidad; sin embargo, eran las reliquias de los abuelos de la casa de Borbon que reina hoy en Francia, en Nápoles y en las Españas.

El pobre Allier fué el que me contó todas estas cosas mostrándome la vegetación robusta que comenzaba á brotar sobre aquel grasiento polvo. Desgraciadamente era todavía niño cuando se verificó aquel sacrilegio; pero me decía

que hubiera vendido hasta la casa de su padre, por salvar la casa de Dios. Así, cuando en 1832 se puso en venta el antiguo castillo y los restos de la capilla, escribió que si el duque de Orleans no compraba aquellas torres ruinosas, él, Allier, las compraría. El duque de Orleans, artista, comprendió aquel entusiasmo de artista, y fué inmediatamente comprado el castillo de Bourbon l'Archambault. Esta vez, al menos, la parte que queda de un edificio, cuna de tan ilustre familia, será preservada de la ruina.... Puede hacerse un hermoso é interesante libro, sin más que con las cosas buenas que ha hecho el duque de Orleans (1).

Encontramos á Jadin en una disputa con el secretario de la alcaldía. Desde el punto en que se había colocado para formar su croquis, descubriase el Quinqu'engrogne, y sobre éste una veleta: aquella veleta había sido tronchada por un accidente, y Jadin como paisagista de conciencia, la había dibujado torcida. Esta falta histórica había herido el amor propio del secretario que le miraba dibujar, que había concebido el temor de que aquella veleta no diese una funesta opinión de los monumentos públicos del país. Y le era tanto más penosa, cuanto que el jueves anterior, el consejo municipal había votado por unanimidad una veleta nueva, que debía reemplazar inmediatamente á la otra. Hizo esta observación á Jadin, que no hizo caso de ella, y continuó su croquis sin enderezar en lo más mínimo la desgraciada veleta. Esta obstinación, había puesto al escribano en la mayor desesperación: logramos calmarla, recordándole que tenía derecho á hacer una reclamación en los periódicos.

Nos marchamos la misma tarde de Bourbon l'Archambault habiéndonos detenido un día para examinar sus ruinas y desarrollar su historia. Aquiles Allier quiso acompañarnos hasta Moulins, que debíamos dejar al día siguiente. En su consecuencia tomó asiento en nuestro coche y nos pusimos en camino.

El tiempo había muy estado pesado y amenazaba una de esas tormentas tardías que se presentan en el otoño. Los depósitos del agua

(1) Hace un año que por toda respuesta á una carta de Victor-Hugo, enviaba el duque de Orleans cuatro mil francos que había entregado para que se salvara de la desesperación á un anciano y su familia, y esto sin preguntar el nombre del anciano al escritor que había apelado á su caridad.

Hace ocho días salvaba la vida á un joven, cosa más preciosa y difícil de obtener que el oro, porque la muerte de aquel joven á quien concedía la vida, era mirado como un ejemplo para todo el ejército, siendo condenado por faltas de subordinación.

Todos nuestros lectores, saben que el duque de Orleans murió desgraciadamente de la caída de un carruaje en el bosque de Boulogne en 1841. Tal vez la muerte de este príncipe ha sido el origen de todos los acontecimientos por que ha pasado la Francia, porque siendo como era príncipe popular, es indudable que á la revolución de 1848, tal vez hubiera ocupado el trono de que fué arrojado su padre Luis Felipe.

termal exhalaban un vapor espeso: la noche se había adelantado, y era más oscura que de costumbre: no nos veíamos á cuatro pasos de distancia, escepto cuando algún relámpago rasgaba el cielo: entonces, todo el paisaje se iluminaba con un resplandor azulado, que daba al llano el aspecto de un lago: mirada aquella fugitiva claridad en círculo más extenso, tomaba un carácter de poesía tanto más grande, cuanto que instantánea y rápidamente desaparecía. Así que, habíamos doblado la capota de nuestro carruaje para no perder nada de aquel espectáculo. Es una deliciosa peregrinación la que se emprende en busea de sensaciones: por poco que tres ó cuatro jóvenes de corazón artista viajen juntos, encontrarán cosas hermosas y notables en que un espíritu común y vulgar no repararía. Así en el momento en que cualquiera desearia que avivase el cochero para evitar la tormenta, nosotros le encargábamos que fuese despacio para no perder un solo relámpago.

Bien pronto vimos levantarse entre la tempestad y nosotros un cuerpo opaco, que nos ocultaba de repente la oscuridad. A medida que nos aproximábamos, el cuerpo, detrás del cual parecia de momento en momento encenderse una inmensa hoguera luminosa, tomaba la forma de una iglesia que luego volvía á quedar en la oscuridad. Bien pronto nos vimos bastante cerca para ver su perfil entero cada vez que había un relámpago. Su techo estaba todo erizado de agujas, y entre ellas se veía una más alta, más esbelta, más calada que las otras, porque se veía la luz al través de su encage: Aquiles me lo hizo notar, porque aquel campanario tenía una historia.

El priorato de Saint-Menoux delante del que nos hallábamos, es una iglesia romana del siglo X que empezaba á arruinarse á fines del XV. Aunque el santo, bajo cuya invocación se halla, gozase de una gran reputación en las inmediaciones, sobre todo por la curación de la rabia, y aunque fuese la iglesia hija de la abadía de Cluny, era tan pobre, que el padre Cholet, su prior, no sabia cómo atender á reparar el edificio. Hallábase muy embarazado por esto, cuando de repente se vió iluminada su imaginación. Trató de obtener del Santo Padre, que habitaba todavía en Avignon, indulgencia plenaria. Obtuvo fácilmente aquel favor que no costaba más que el firmar cuatro ejemplares, adornados con el sello pontifical. Se entregaron á los cuatro monges más robustos de la comunidad, y partieron á la misma hora, del mismo día, del mismo punto, marchando cada uno hácia los cuatro puntos cardinales de la Francia. Un año después el mismo día, á la misma hora, se hallaban de vuelta en el mismo punto trayendo las indulgencias, convertidas por los fieles de las aldeas en 4,000 escudos. Entonces los buenos religiosos comenzaron á reedificar: la

iglesia gótica adelantó como un árbol sobre la iglesia romana, y bien pronto estendió sus raíces sobre los adornos de la piedra. La parte artística se encargó á un joven arquitecto llamado Diaro, el cual dispuso hacer el campanario que debía levantarse, en medio de diez torreones de que debía estar adornado, según el plano general, el techo de la iglesia. Había comenzado su obra con el ardor de un artista, cuando fué nombrado por el duque Gilberto de Monys que acompañaba al rey Carlos VIII á la conquista de Nápoles, para hacer parte de las tropas que llevaba. Muy mal veía esto, porque tanta vocación como nuestro arquitecto tenía por su estado, tanta antipatía sentía para la carrera de las armas: así que á la cuarta jornada desapareció de la compañía. El capitán dió parte al duque Gilberto, que escribió á sus dominios dando orden que si se cogía al desertor, se le ahorcase, cualquiera que fuese la excusa que diera: hecha esta recomendación continuó su camino, y se fué á morir á Puzzoles, donde está enterrado.

Sin embargo, el desertor había vuelto á su familia, y se hallaba oculto en casa de uno de sus hermanos. Durante este tiempo los arquitectos sus compañeros habían terminado sus torreones á la mayor gloria del santo, la mayor alegría de los religiosos, y grande admiración de los fieles. El único que faltaba era el campanario encargado á Diaro, y sin embargo, debía ser el más alto y hermoso, y lo demostraban sus primeras piedras y sus esculturas. Esta falta deshonraria singularmente á la iglesia: así fué que después de una deliberación con este objeto, se decidió que se diese á concluir la obra al de los otros arquitectos que presentase el plano más acomodado á la parte ya fabricada.

A la mañana siguiente del día en que se tomó esta resolución, se notó con asombro que el campanario parecía haber crecido durante toda la noche en una hilada de piedras: sin embargo, no se fijó mucho la atención. Pero durante las noches siguientes se renovó el prodigio de una manera tan visible, que no había duda de él. Una mano invisible trabajaba de noche, y en el atrevimiento con que comenzaba á sobresalir de las demás torres, en lo bien acabado del trabajo de la escultura que se extendía sobre ocho lados, comenzó á decirse que era un arquitecto sobrehumano el que se encargaba de la obra, y que las brujas que habían edificado la iglesia de Sauvigny, querían hacer otra igual concluyendo milagrosamente la de Saint-Menoux. Esta opinión tomó nueva consistencia desde cuando se notó que únicamente las noches oscuras trabajaba el misterioso arquitecto: al contrario de las noches claras, en que la obra se detenía y no volvía á continuar hasta que el astro plateado había desaparecido completamente del cielo.

Sin embargo, uno de los arquitectos, cuya

fá era menos robusta que las de sus camaradas, procuró aclarar el hecho. Subió por la noche al torreón, se emboscó allí, y no tardó en vislumbrar á pesar de la oscuridad un ser material que subía unas después de otras sobre las plataformas de la iglesia, piedras talladas y esculpidas de antemano, que colocaba en seguida por su orden. Espió así el trabajo de este hombre, hasta el momento en que estando próximo á amanecer, el nocturno obrero desapareció dejando su campanario aumentado con una nueva hilada de piedras. A la noche siguiente se encerraron algunos hombres en el torreón, de manera, que en el momento que el misterioso trabajador subió á la plataforma, se vió rodeado y cogido. Le acercaron una linterna sorda al rostro, y reconocieron al desertor Diaro.

El artista no había tenido valor para dejar que su campanario empezado por él, fuera concluido por otro, y con riesgo de su vida había continuado su trabajo.

Diaro se hallaba condenado: no fué largo su proceso: únicamente pidió una detención de un mes para concluir su campanario: se le concedió. A la mañana siguiente de concluir el campanario, fué ahorcado Diaro. El arte es una religión que en otro tiempo también ha tenido sus mártires.

En el momento en que Aquiles Allier terminaba esta leyenda, de que muchos de los descendientes de aquel desgraciado obrero que llevan su nombre ahora, pueden comprobar su autenticidad, comenzó á ser la lluvia tan fuerte, que nuestro cochero, que no tenía como nosotros donde ponerse á cubierto, nos rogó que le buscáramos un abrigo. La iglesia nos ofrecía uno: Allier corrió á llamar á la puerta del sacristán, vino éste con las llaves, y empleamos el tiempo que nos veíamos obligados á parar, en visitar el templo de Saint-Menoux. Este es, como he dicho, un antiguo monumento del siglo X, reparado y embellecido en el XV; pero cuyo principal carácter es romano. Posee el sepulcro del bienaventurado que le ha dado su nombre: es un monumento muy sencillo de forma de ataúd que encierra el corazón del santo, contenido en una cajita de madera de cedro. Un agujero redondo practicado en el mismo sepulcro, sirve á los fieles para cumplir un acto de fé. Todo hombre creyente que ha tenido la desgracia de ser mordido por un perro rabioso, irá siempre á la iglesia, meterá su cabeza en el agujero, y la tendrá allí el tiempo que tarde en rezar cinco Padres nuestros y cinco Ave Marias, y al sacarla no duda que quedará curado.

Un convento de religiosas estaba contiguo en otro tiempo á la iglesia de Saint-Menoux: la regla no era muy severa, únicamente toda señorita al entrar en la orden, después de cometer una falta, era pintada

de hombre, y su retrato colocado en una galería, destinado á manifestar por la vista de este singular disfraz, la fealdad de la falta de la culpable. Notamos que una de las más bonitas pecadoras, no solo llevaba el traje masculino, sino también sobre aquel traje una armadura: aquella probablemente había cometido un enorme crimen. Había en la galería sobre unos ciento cincuenta á ciento sesenta cuadros.

Durante nuestra visita, había aclarado el tiempo, y podíamos ponernos en camino. Al volver á pasar por Sauvigny, Allier nos hizo notar una torre arruinada. Esto es todo lo que queda del antiguo castillo de los duques de Borbon.

Volvimos á entrar en nuestro hotel serían las once de la noche, y tres horas después, aun estábamos hablando alrededor de la chimenea de los antiguos recuerdos históricos, de las antiguas leyendas maravillosas y de antiguos cuentos populares de que Allier hacía colección para su grande obra del Borbonesado en lo que había concentrado todas sus facultades y esperanzas. En fin, se fué á su cuarto que estaba contiguo al nuestro. Largo tiempo todavía estuvimos hablando al través de las paredes. A la mañana siguiente nos acompañó todavía á un cuarto de legua de la ciudad: allí nos abrazamos sin reparar que era por la última vez.

## ROMA EN LAS GALIAS.

A la mañana siguiente llegamos á Lion: nada nos había detenido en el camino más que el castillo casi abandonado de Jacobo II, de Chavannes, señor de la Palizia. Nos lo enseñó un conserje septuagenario, ruina viviente en medio de aquellas muertas ruinas: los descendientes de la familia habían dejado de habitar la morada de sus antepasados. Tailor me había recomendado pasar por aquel sitio, que dominan góticas murallas, sin entrar en el patio del maestro de postas donde el sepulcro del vencedor de Ravena, obra maestra del siglo XVI y maravilla del renacimiento, servía de pilon para beber los caballos. Cuando me contó en su indignación nacional esto, me irrité dolorosamente con esta circunstancia. No era bastante haber profanado su nombre; debían ser profanadas también las cenizas. Así, no dejé de servirme de su recomendación; pero el sepulcro ya no existe: había sido comprado y trasladado al museo de Avignon: en cuanto á los huesos no se sabe que ha sido de ellos.